TRIBUNA

Isidoro Moreno
Catedrático de Antropología de la Universidad de Sevilla

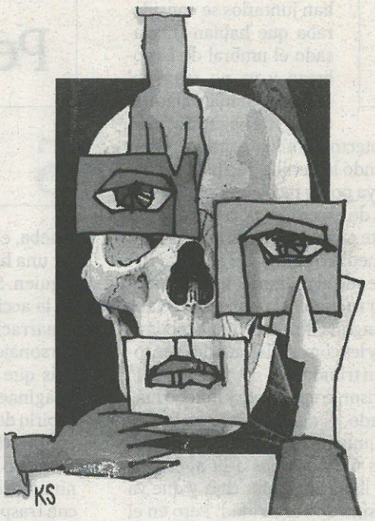
Defender la diversidad no significa, en modo alguno, apuntarse a ningún relativismo extremo ni defender en bloque el contenido de ninguna cultura específica

Antropología y sociedad

ESTOS días se está celebrando en Sevilla el Congreso que, cada tres años, convoca la Federación de Asociaciones de Antropología del Estado Español (FAAEE). Más de doscientos comunicantes y otros tantos asistentes participan en el mismo. Hace ya más de tres décadas que, por primera vez, también aquí en Sevilla, en un encuentro que todavía no nos atrevíamos a llamar congreso, nos reunimos una veintena de personas que aspirábamos a que esta ciencia social, excluida de la Universidad española tras la guerra civil, volviera a renacer y tuviera en ella un lugar equivalente al que tenía no sólo en otros lugares de Europa sino también en la mayoría de los países del mundo.

Justo es recordar a los ya entonces *seniors* que tuvieron un papel fundamental en lo que luego sería denominado "el segundo nacimiento de la Antropología en España": José Alcina, maestro del que fue pequeño grupo inicial de antropólogos sevillanos, Claudio Esteva, creador de la efímera Escuela de Estudios Antropológicos de Madrid y dinamizador de la disciplina en Cataluña, y Carmelo Lisón, aglutinador de la mayoría de las primeras vocaciones madrileñas. Junto a ellos, un pequeño pero entusiasta grupo de discípulos, no pocos de los cuales, junto a sus primeros pasos como profesores (como *penenes*) e investigadores de campo, estaban –estábamos– moral y políticamente comprometidos en la lucha por la democracia y el reconocimiento de los pueblos de España.

Mucho han cambiado las cosas desde aquella primera reunión, en 1973, hasta este X Congreso: a partir de los núcleos catalán, sevillano y madrileño, y en un primer momento estrechamente unida a los estudios americanistas, la Antropología fue tomando lenta pero creciente presencia en la universidad, adquirió en los años ochenta la categoría de especialidad y en los noventa de licenciatura. La propia palabra antropología no sugiere ya, como a principios de los setenta, mediciones de cráneos, erudición folklorista o simplemente nada. Pero, ciertamente, el perfil que la sociedad tiene de qué es un antropólogo o antropóloga; en definitiva, de para qué servimos los profesionales de la Antropología, sigue lejos de ser nítido.



La diversidad cultural, objeto de la Antropología, equivale para la especie humana a lo que la biodiversidad para la naturaleza

Quizá la definición, hoy, más precisa de los antropólogos pudiera ser la de que somos profesionales que estudiamos no sólo los comportamientos humanos colectivos sino, sobre todo, las significaciones de éstos. Es decir, que junto al estudio de los mecanismos no directamente observables que generan las prácticas sociales nos interesa su dimensión simbólica, es decir, entenderlas en términos de los actores sociales mismos y no desde una rígida plantilla ideológica o unos valores culturales predeterminados definidos doctrinariamente como los únicos verdaderamente "humanos" (o civilizados, morales y democráticos). De aquí que, en definitiva, la Antropología se centre en el estudio de la diversidad cultural, que equivale para la especie humana a lo que la biodiversidad es para la naturaleza. Diversidades ambas que están hoy amenazadas por los fundamentalismos globalizadores: religiosos, políticos, y, sobre todo, mercantilista.

Resulta coherente, por tanto, que el presente Congreso tenga como lema general el de *Culturas* [en plural], *Poder y Mercado*; porque las culturas modelan comportamientos, significaciones e identidades colectivas que tienden a ser instrumentalizados, o directamente manipulados, por el Mercado y por los otros poderes que dominan o tratan de dominar la sociedad: el poder del Estado y el poder de las religiones autodenominadas universales. Y conviene aclarar que defender la diversidad cultural no significa, en modo alguno, apuntarse a ningún relativismo extremo ni defender en bloque el contenido de ninguna cultura específica, sino oponerse a la uniformización cultural forzada desde los intereses de quienes poseen el poder económico, político o religioso. Quiere decir reconocer a los otros –a quienes definimos como otros por su etnicidad, por su género, por su orientación sexual, por su edad, por su religión o ideología– como otros, sin forzarlos a una asimilación que casi nunca consigue los objetivos pretendidos, reconociéndoles, a la vez, iguales derechos que a nosotros; tratar de entenderlos y ponernos en su lugar (la famosa y difícil empatía) y orientarnos hacia la interculturalidad, sabiendo que ésta sólo será posible eliminando no sólo las exclusiones y desigualdades sociales sino también los prejuicios y estereotipos raciales, étnicos, sexistas o religiosos, que no son simple consecuencia de la desigualdad económica.

Comprender y hacer entendible la diversidad cultural, incluida la diversidad interna de nuestra propia cultura, es prerrequisito para encarar las situaciones y problemas, a veces gravísimos, que comporta el que nuestras sociedades sean cada vez más multiculturales y desigualitarias. La Antropología no es una varita mágica para solucionar esos problemas, pero sin la Antropología éstos ni siquiera pueden plantearse en los términos adecuados.

EL MIRADOR

Félix Bayón

Pan o circo

QUIZÁ no sea exagerado afirmar que RTVE está en uno de sus momentos menos sectarios. Nada que ver, por cierto, con Canal Sur, anclado en el gubernamentalismo y en su gusto por los vetos. Naturalmente, es cuestión de puntos de vista: no es raro encontrar gente que se encontraba mucho más a gusto en la época de Urdaci.

Pero el sectarismo es sólo una pequeña parte del problema de las radiotelevisiones públicas: es el problema más barato y el de más fácil de solución. Tras el informe de los sabios –que sirvió para demostrar que hasta los sabios tienen días tontos–, sigue sin haber un modelo para RTVE. Ni siquiera se ha debatido seriamente si es necesario que exista.

Las televisiones públicas son juguetes en manos de sus amos, que, como mucho –y raramente–, parecen dispuestos a aceptar el pluralismo pero no a quedarse sin juguete. Da igual quien gobierne, se convierte en una prioridad. Luego, claro está, el dinero no llega para otras cosas. El costosísimo modelo de la RTVE se ha proyectado sobre las autonómicas y, después, sobre las municipales. Se dan paradojas tales como que el gran proyecto de la única comunidad autónoma en la que se sigue destruyendo empleo, Asturias, es el lanzamiento de su nueva televisión pública. Lo mismo sucede con los Ayuntamientos de Málaga y Cádiz, entre otros: las evidentes carencias de estas ciudades no desaniman a sus alcaldes a fundir parte de sus presupuestos en hondas hercianas.

Los números dan escalofríos: a final de este año la deuda de RTVE alcanzará los 7.560 millones de euros. Es más, en 2006 sus pérdidas –800 millones– superarán sus ingresos y alcanzarán a ser la mitad del dinero destinado por Zapatero este año para mitigar el déficit sanitario. Lo más curioso es que los contenidos de las televisiones públicas no se diferencian en nada de los de las privadas, que lo hacen gratis, financian al cine español a través del 5% de sus ingresos publicitarios y aún así obtienen muy suculentos beneficios para sus accionistas: aparte de los dividendos, sus valores en bolsa se han incrementado entre un 30 y un 35% en los últimos doce meses.

Al entrar a competir con las privadas, las televisiones públicas han degradado sus contenidos y encarecido de manera insostenible sus presupuestos. Y esto es sólo el principio: la digitalización servirá para aumentar el número de canales de las públicas y, consecuentemente, disparará sus costos. Parece que nadie quiere preguntarse de qué sirve una televisión pública y, consecuentemente, si son necesarias. No valen por supuesto las respuestas retóricas del tipo de que sirven para vertebrar a la sociedad: antes habría que averiguar qué es lo que vertebran las cuitas familiares de Jesulín.

Los tiempos son los que son. La estabilidad presupuestaria impide dar, a la vez, pan y circo. O lo que es lo mismo, sanidad y tele pública. Ya va siendo hora de elegir.

→ felix@felixbayon.com

LA CIUDAD Y LOS DÍAS

Carlos Colón

Lo obvio

AL igual que lo próximo suele resultar lo más difícil de descubrir, lo obvio es muchas veces lo que es más necesario explicar. Por ello, ante el caso de Camas, es necesario decir que estas prácticas no son producto de la política, de la democracia y del sistema de partidos. Muy al contrario: gracias a la democracia pueden ser denunciadas por ciudadanos que no han de temer represalias, divulgadas y analizadas –a veces también denunciadas– por una prensa libre, investigadas por una policía que está al servicio de la ley y no de un poder arbitrario y juzgadas con independencia. Tanto en las dictaduras como en las democracias se dan y se darán siempre estas corruptelas, porque forman parte de la naturaleza humana. La diferencia radica en que en las dictaduras la corrupción queda impune salvo que interese desvelarla por ajustes de cuentas internos entre los grupos de presión que se reparten el poder, los ciudadanos tienen miedo y callan aunque sepan, la prensa está amordazada, la policía está al servicio de un poder arbitrario y el sistema legal está atrapado en las redes de ese mismo poder. La democracia, por el contrario, en vez de favorecer la corrupción hace posible su denuncia y su castigo. Por eso se dan más escándalos en ellas que en las dictaduras.

Una especie de subconsciente totalitario parece crecerse con estas noticias hasta desbordarse en el vómito antidemocrático que nos salpica a poco que nos apoyemos en la barra de un bar

Obviedades, desde luego. Pero por ello mismo necesitadas de explicación. Es frecuente oír estos días cómo se culpa a la democracia y al sistema de partidos de casos como el de Camas. Y generalizaciones del tipo "todos son iguales" o "la política es una porquería". Pocos comentarios he oído, en cambio, en los que se agradezca a la democracia que el caso haya estallado, que la prensa haya informado de él, que la policía lo investigue y que los jueces lo juzguen cuando llegue su momento. Y menos aún que distingan entre los fallos puntuales de las instituciones, los partidos o las personas y la crítica irracional que impugna la totalidad. Una especie de subconsciente totalitario parece crecerse con estas noticias hasta desbordarse en el vómito antidemocrático que nos salpica a poco que nos apoyemos en la barra de un bar u oigamos una conversación en un autobús.

El momento político actual no es, ni mucho menos, brillante. Los partidos tienden a convertirse en oficinas de empleo y a ensimismarse en sus intereses o estrategias internas. La sociedad civil se hunde cada vez más en una apatía que deja la cosa pública por completo en manos de unos políticos profesionalizados en el peor, más restrictivo y cicatero sentido de la palabra. La clase intelectual pace apaciblemente en los comederos de las subvenciones o se dedica al toreo de salón desdeñando las embestidas de la realidad. Hay muchos motivos para preocuparse o quejarse. Pero ninguno para poner en cuestión la política o la democracia haciéndolas responsables de casos tan penosos como el de Camas.

→ ccolon@diariodesevilla.es